

Relatos / ASENSIO SAEZ

Fuegos

SU afición por la pirotecnia le venía al hombre desde su remota infancia, tantas veces tocada por los malos hados: enfermedades, hambres, discordias familiares, abundancia de imprevistas malaventuras... Tristes recuerdos, en verdad, aquellos de sus días de niño acobardado, siempre en guardia a la espera de un inédito infortunio, de una nueva tribulación. Sólo que, de pronto, integrado en el programal de festejos municipales de la ciudad, irrumpía en el negro cuenco del firmamento el estallido nocturno de un castillo de fuegos artificiales. Deslumbradoras guirnaldas de colorines, estrellones de oro, cascadas de luces y surtidores de esbelta coherencia conformaban todo un sorprendente universo ígneo, musicado por el silbido de las culebrinas valadoras y el retumbo de las carcasas, y ya entonces no había más escollos que salvar, ni más pena que roer, ni más tristuras para el niño, inmerso en la magia de la pólvora, en éxtasis arrebatado hasta prometerse a sí mismo:

—Si un día Dios me concede alcanzar las metas a que aspiro, no me faltará nunca, junto al pan nuestro de cada día, el castillo de fuegos de arteificio de cada noche.

Sin embargo, triunfador más tarde en la vida, el niño, ya hombre, había de posponer, jornada tras jornada, su deleitosa promesa, urgido por ocupaciones más trascendentes, por ineludibles afanes.

Descansando en el amor de la esposa, mieles se le hacía el paladar sólo de imaginar cumplido el fascinante proyecto.

—Pero antes te conviene viajar. Un buen crucero, un cambio de aires, un reencontrarte contigo mismo en paisajes desconocidos. Serenar el alma, en fin. Y enseguida ella había de atender a la invitación de una fiesta de gala, de un bingo benéfico, de una mesa petitoria, del pase de unos nuevos modelos firmados por el modisto de moda...

Las hermanas, por otra parte, se lo advertían, solícitas:

—Si no cortas a tiempo los excesos de tu currículum, corres el riesgo de que el tren en que tu vida circula se detenga. Pero también ellas permanecían atadas a múltiples compromisos sociales, a ineludibles ritos con destino al caché de las revistas del corazón.



artificiales

—Hasta la semana próximo no contar con nosotras.

—Nos vemos, chao.

Alguna vez, el hombre podía mantener una conversación telefónica, un tanto apresurada, eso sí, con el hijo, interno en

un buen colegio extranjero.

—Un día me gustaría charlar contigo, sin prisas, claro...

—Sí, papá.

—Cuidate.

—Te quiero.

Y de nuevo, en pie, el hermoso proyecto, la cena de compromiso, el consejo de administración con el que no contaba, el ineludible congreso...

—Bueno, mira, cuando vuelva de mi próximo viaje, ya lo sabes: vida nueva y disparo de la más completa colección de castillos de fuegos artificiales, los más suntuosos del mejor catálogo pirotécnico.

—Está bien, cariño.

La mujer, que comenzaba a comprender, aunque no del todo, su apasionada devoción por los fuegos de arteificio, colaboró con él, días antes de su marcha, eligiendo, con miras al futuro castillo, entre numerosos folletos de industrias pirotécnicas, la marca más acreditada. Como de su viaje el hombre volvió muerto —infarto fulminante—, la esposa hubo de requerir con toda urgencia el teléfono más cercano. Las cuñadas se dijeron entonces: —Irás a encargar un buen entierro: regia carroza-automóvil, féretro en caoba con tapizado interior, acristalado, asas fantasía; capilla ardiente con candelabros monumentales, funeral en la catedral...».

Se miraron perplejas, luego. Lo que la viuda, en verdad desconsolada, encargaba era un fastuoso castillo de fuegos artificiales sin posible competencia, faraónico, según textual expresión de la cuitada.

Así, al día siguiente, mientras deudos y amigos portaban a hombros el ataúd del hombre, abrióse en el cielo de la atardecida, ya en vecindad de la noche sin luna, el más portentoso castillo de fuegos artificiales que la imaginación podía soñar: enhiestas palmeras de oro, lluvias de estrellas teñidas de intenso colorido: azules y amarillos, escarlatas y verdes en competencia con la policromía de las vidrieras catedralicias; ruedas giratorias, peces voladores, cataratas de plata chisporroteantes... El fuego como arte, en una palabra. Ni el mismo Heráclito, amante hasta el paroxismo del fuego y su belleza, habría conocido tal despliegue ígneo.

Desde la balconada principal de la casa, la viuda, acompañada de las cuñadas, presenció, conmovida, el esplendoroso espectáculo, digno homenaje póstumo a quien tanto amó el tema.

A través del tiempo, por congraciarse con la viuda, las cuñadas insistían siempre que podían, y podían siempre:

—Ni Valencia en fallas, con ser Valencia, hubiera podido competir con el castillo por tí encargado, hija mía.